

do con insistencia que preparase a su chico para ingreso en el Instituto, labor a la cual se había prestado pacientemente desde comienzos de curso. Aunque no muy estudioso, el alumno era listillo—no tanto como sus padres creían, pero, desde luego, no era torpe el rapaz—y por ello todos se las prometían muy felices en los exámenes. Marchó Manolito al Instituto de la capital con su traje nuevo, acompañado de su padre, una hermosa mañana. Al coche de línea acudieron a despedirlos varios amigos de la familia—fuerzas vivas de la localidad—, entre ellos el alcalde, el juez de paz y el párroco don Julián, que en la carretera le dió al muchacho las últimas instrucciones.

En el examen de ingreso suspendieron a Manolito. Terrible tragedia. Cuando le llamaron en el ejercicio oral, su padre salió del aula para que el chico no se pusiese nervioso, o quizá para no ponerse nervioso él.

Manolito falló en algunas contestaciones. Le preguntaron, entre otras cosas, los nombres de los apóstoles y no supo responder bien. Solamente se acordaba de San Pedro, por aquello de las llaves. A la salida del aula, teniendo aún las orejas calientes, su padre le estrechó a preguntas:

—¿Has contestado a todo? ¿Qué te preguntaron? ¿Cosas difíciles?

Manolito, que ya barruntaba el suspenso, no sabiendo por donde salir, dijo:

—Me preguntaron cosas muy difíciles..., me preguntaron... los apellidos de los apóstoles.

—¡Atiza! ¿Eso te preguntaron? ¡Qué barbaridad!

Con unas magníficas calabazas regresaron al pueblo padre e hijo.

—Me está bien empleado, por no buscar recomendaciones—decía el honrado padre de familia a todo el mundo.

Cuando se enteró don Julián, no salía de su asombro y exclamaba:

—¿Es posible? ¿Los apellidos de los apóstoles? ¡Pero si los apóstoles no tenían apellido, que yo sepa! ¡Qué incultura en un catedrático de Instituto!

Pero se tragó la bola. Dió resultado la mentira improvisada, sin saber cómo y con ella Manolito justificó su fracaso. ¡Haberle preguntado a la criatura los apellidos de los apóstoles nada menos! ¿Quién era el guapo que salía airoso de tan dura prueba?

Todo había marchado a pedir de boca. Pero ahora surgía una tremenda dificultad. Manolito tenía que confesarse necesariamente con don Julián, como lo hacía siempre, y no se atrevía a callarse aquella mentira. Sabía de sobra que en la confesión no puede callarse ningún pecado. Su conciencia no se le permitía, pero, ¿qué cara pondría su confesor al enterarse de que lo había engañado como a un bobo? Era muy fuerte el trago de aquella confesión y el chiquillo sudaba, buscando un pretexto para zafarse.

Todas sus cavilaciones fueron inútiles. Llegó la víspera del día de la patrona. Su esperanza de que viniese algún cura de fuera se-

desvaneció. Llegarían, sí, al día siguiente, dos sacerdotes, pero solamente para la misa, sin confesar a nadie.

¡Qué terrible fué para él aquel examen de conciencia antes de confesarse! Don Julián acogió a su alumno en el confesionario con la mayor familiaridad, poniéndole una de sus manazas encima del hombro.

Manolito, poco a poco, lo confesó todo, dejando para el final el embuste del examen. Con valentía fué desembuchando:

—A mi padre... y a usted..., les dije una mentira. Cuando me examiné me preguntaron..., me preguntaron... los nombres de los apóstoles..., los nombres nada más, y yo dije que me habían preguntado los apellidos.

Don Julián, súbitamente interesado en lo que oía, no pudo contenerse.

—¡Pillo! ¡Pillo!—, exclamaba con voz ahogada, saltando casi en el asiento—. ¡Sinvergüenza! ¡De manera que los apellidos, eh! ¡Ya me parecía a mí que aquello no era posible!

Y Manolito, todo encogido bajo la garra del presbítero que le apretaba el cuello, deseaba en aquellos momentos que se abriese la tierra y lo tragase a él, a don Julián y al confesionario.

Pero pasó la rociada, y el cura no tuvo más remedio que darle la absolución, haciendo grandes esfuerzos por no tirar de las orejas al pequeño penitente.

Al salir de la iglesia, Manolito respiró a pleno pulmón el aire fresco de la calle que acariciaba sus ardientes mejillas. Pensó en el secreto de la confesión que don Julián estaba obligado a guardar.

Y al regresar a su casa a merendar, con más apetito que nunca, corriendo unas veces y saltando a trechos a la pata coja, se notaba más ligero que antes. ¡Era el enorme peso que se había quitado de encima!

FERNANDO VILLALBA DIEGUEZ

ACORDE LIRICO

IV

Mi vida es árbol desnudo

que azotan todos los vientos.

¡Aunque sueño primaveras

soy un cadáver por dentro!

PEDRO ROMERO MENDOZA